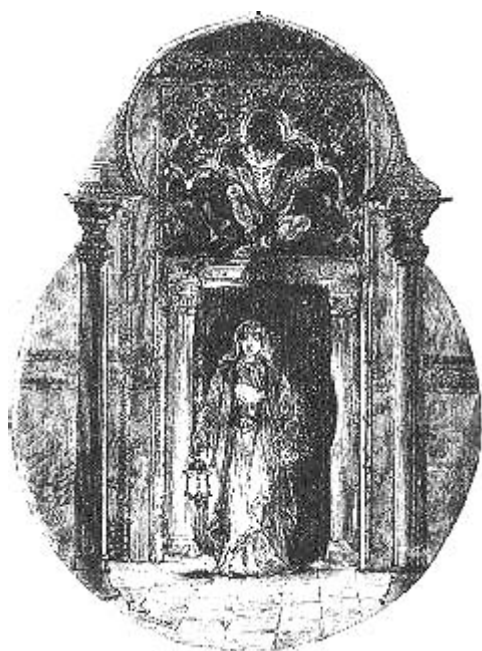


JULIO VERNE
MATTHIAS SANDORF

Matías Sandorf es un noble magiar que lo tiene todo. En su casa de Trieste realiza juntas de conspiración con sus amigos Ladislav Zathmar y Stjepan Bathory. Sin embargo, la fortuna les da la espalda cuando una paloma mensajera es capturada por Sarcany y Zirone, dos malhechores. La nota es un criptograma que finalmente logran descifrar con la ayuda del banquero Silas Toronthal, que no duda en denunciar a Sandorf y a sus amigos. Zathmar y Bathory son ejecutados por traición. Cuando Sandorf está por sufrir el mismo destino, un efecto acústico de la prisión le permite oír cómo fue traicionado por Toronthal, Sarcany y Zirone, lo que le da doble valor para escapar, y lo logra ayudado por un pescador, Ferrato, aun a costa de su vida. Años después, Sandorf regresa con otra identidad. Es ayudado por dos hábiles cirqueros: Pescade y Matifou. Encuentra y ayuda al hijo de su amigo, y se entera de que su pequeña hija a la que creía muerta, como a su esposa, ha sido criada por su enemigo Silas Toronthal.

**SEGUNDA EDICIÓN
ILUSTRADA CON
CIENTO ONCE
DIBUJOS POR
BENETT, Y UN MAPA**



A ALEJANDRO DUMAS

Os dedico este libro, dedicándole también a la memoria del narrador del mismo Alejandro Damas, vuestro padre. En esta obra he intentado hacer de Matías Sandorf el Montecristo de los Viajes extraordinarios. Os ruego aceptéis la dedicatoria como un testimonio de mi profunda amistad.

JULIO VERNE

* * *

RESPUESTA DE M. A. DUMAS

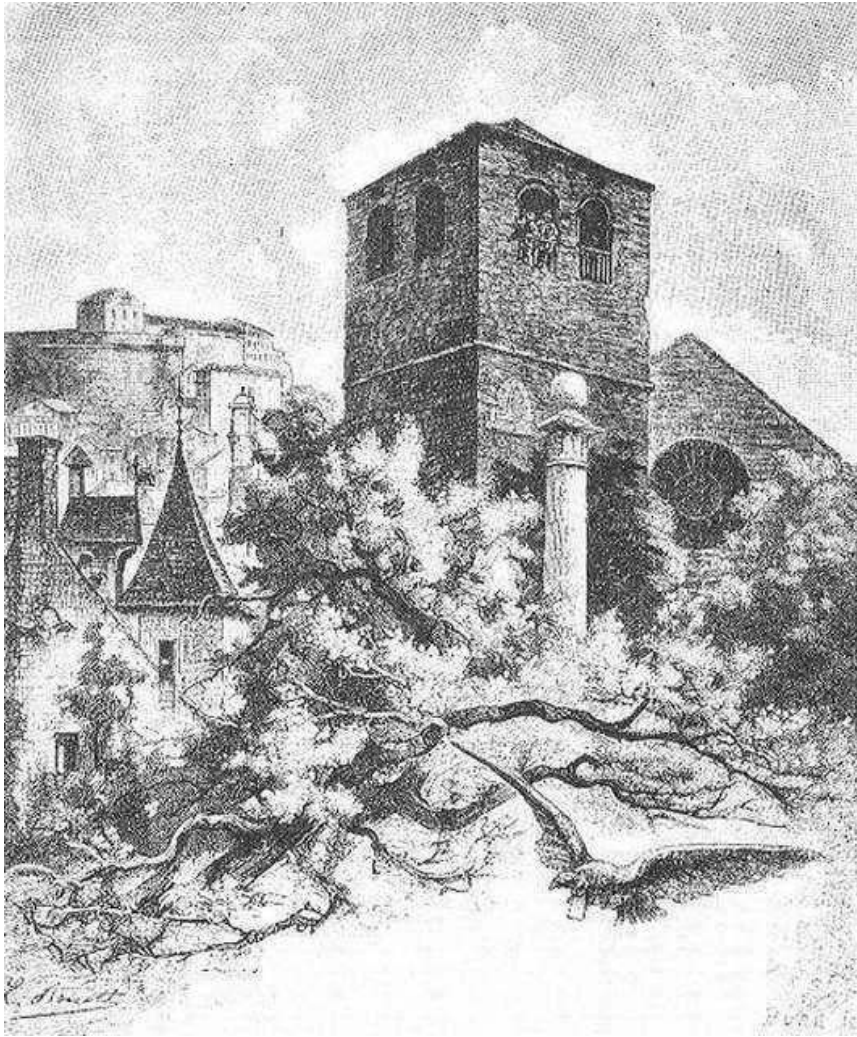
QUERIDO AMIGO:

Estoy muy conmovido por el buen pensamiento que habéis tenido al dedicarme MATÍAS SANDORF, cuya lectura comenzaré a mi vuelta, el viernes o sábado. Tenéis razón al asociar en vuestra dedicatoria la memoria del padre a la amistad del hijo. Nadie se hubiera encantado tanto como el autor del MONTECRISTO con la lectura de vuestras creaciones luminosas, originales, seductoras. Hay entre vos y él un parentesco literario tan evidente, que vos, más bien que yo, sois hijo suyo. Os amo desde hace tanto tiempo, y con el mayor placer me considero vuestro hermano.

Os doy gramas por vuestro perseverante afecto, y os aseguro una vez más, y con el mayor cariño, mi fina amistad.

A. DUMAS

PRIMERA PARTE



I

LA PALOMA MENSAJERA

Trieste, la capital de la Iliria, se divide en dos ciudades diferentes: la una nueva y rica, Theresienstadt, correctamente edificada en la orilla del pequeño golfo sobre el cual el hombre ha conquistado su suelo; la otra vieja y pobre, irregularmente construida, encerrada entre el Corso, que la separa de la primera, y las pendientes de la colina del Karst, cuya cima está coronada por una ciudadela de aspecto pintoresco.

El puerto de Trieste está cubierto por el muelle de San Carlo, cerca del cual anclan con preferencia los buques mercantes. Allí se forman espontáneamente, y a veces en número alarmante, grupos de esos bohemios, sin fuego ni hogar, cuyos pantalones, chalecos y chaquetas podrían muy bien pasarse sin bolsillos, porque sus propietarios no han tenido nunca, y verosímilmente no tendrán jamás, nada que guardar.

Sin embargo, en este día, 18 de Mayo de 1867, hubiérase podido notar, en medio de estos nómadas, dos personajes un poco mejor vestidos.

Que poseyesen gran cantidad de florines o kreuzers, era poco probable, a menos que la suerte viniese en su ayuda;

y en verdad que eran gentes capaces de todo para imprimirla un giro favorable.

El uno se llamaba Sarcany, y decía ser tripolitano; el otro, siciliano, se nombraba Zirone.

Ambos, después de haberle recorrido una docena de veces, acababan de detenerse en la extremidad del muelle. Desde allí miraban el horizonte del mar, al Oeste del golfo de Trieste, como si hubiera de aparecer al largo algún buque que condujese su fortuna.



—¿Qué hora es? —preguntó Zirone en lengua italiana, que su compañero hablaba tan correctamente como todos los demás idiomas del Mediterráneo.

Sarcany no respondió.

—¡Qué necio soy! —exclamó el siciliano—. Es la hora a que se suele tener hambre, cuando se ha olvidado tomar el desayuno.

Los elementos austríacos, italianos, eslavos, están tan mezclados en esta porción del reino austro húngaro, que la reunión de estos dos personajes, evidentemente extranjeros, no llamaba a nadie la atención.

Además, si sus bolsillos estaban vacíos, nadie hubiera podido adivinarlo; tanto se pavoneaban bajo la oscura capa que les caía hasta las botas.

Sarcany, el más joven de los dos, de mediana talla, pero bien proporcionado, de aire y maneras elegantes, tenía veinticinco años. Sarcany a secas. Sin nombre de bautismo; y en realidad no había sido bautizado, siendo probablemente de origen africano, de Trípoli o de Túnez; pero aun cuando su tez era del color del hollín, sus correctas facciones le acercaban más al blanco que al negro.

No ha existido jamás fisonomía tan falaz y engañosa como era la de Sarcany. Hubiera sido preciso ser muy observador para echar de ver en aquella cara de facciones regulares, de negros y hermosos ojos, de nariz fina, boca bien dibujada, que sombreaba un ligero bigote, la astucia profunda de aquel joven. Ninguna mirada hubiera podido descubrir sobre su rostro, casi impasible, los estigmas del desprecio, del disgusto que engendra un estado perpetuo de rebelión contra la sociedad. Si los fisonomistas pretenden, y con razón en la mayoría de los casos, que todo embustero atestigua contra sí, a despecho de su habilidad, Sarcany habría dado un formal mentís a esta proposición.

Nadie, al verle, hubiera podido sospechar lo que era ni lo que había sido. No provocaba aquella irresistible aversión que excitan los bribones y los trapaceros, siendo, por lo tanto, más peligroso.

¿Cuál había sido la infancia de Sarcany? Se ignoraba. Sin duda la de un ser abandonado.

¿Cómo y por quién fue educado? ¿En qué agujero de Trípoli anidó durante los años de su primera edad? ¿Qué cuidados le permitieron escapar a las múltiples causas de destrucción bajo aquellos climas terribles?

Nadie hubiera podido decirlo. Ni aun él, de seguro.



Nacido por casualidad, empujado por la casualidad, destinado a vivir de la casualidad. Sin embargo, durante su adolescencia se había dado, o más bien había recibido cierta instrucción práctica, debida probablemente a que había

pasado su vida recorriendo el mundo, frecuentando el trato de toda clase de gentes, imaginando expedientes sobre expedientes, aun cuando sólo fuese para asegurar su cotidiana existencia.

Así es que, a consecuencia de diversas circunstancias, se encontraba, después de algunos años, en relación con una de las más ricas casas de Trieste, la casa del banquero Silas Toronthal, cuyo nombre está íntimamente ligado a esta historia.

En cuanto al compañero de Sarcany, el italiano Zirone, sólo se veía en él a uno de esos hombres sin fe ni ley, aventurero de oficio, a la disposición del primero que le pagase bien, o del segundo que le pagase mejor, sea cual fuere la clase de trabajo. Siciliano de nacimiento, de unos treinta años de edad, era tan capaz de dar malos consejos, como de aceptar y sobre todo de asegurar su ejecución. ¿Dónde había nacido? Tal vez lo hubiera dicho, si lo supiese; pero se guardaba muy bien de decir dónde vivía, si es que habitaba en alguna parte.

Los azares de una vida de bohemio le habían puesto, en Sicilia, en relaciones con Sarcany. Y de este modo marchaban, a través del mundo, procurando por fas o por nefas hacer una buena fortuna de sus dos malas. Pero a Zirone, mocetón barbudo, muy moreno, de pelo muy negro, le hubiera costado mucho trabajo disimular la falsedad que revelaban sus ojos, siempre medio cerrados, y el continuo balanceo de su cabeza, a pesar de que procuraba ocultar su astucia bajo una excesiva verbosidad. Por otra parte, era más bien de carácter alegre que triste, explayándose por lo menos tanto cuanto contenía su joven compañero.

Este día, sin embargo, Zirone no hablaba sino con cierta moderación. Visiblemente le inquietaba la cuestión de la comida. Su última partida de juego en un garito de baja esfera, en que la fortuna se había portado como madrastra, había agotado la víspera los recursos de Sarcany; así es que no sabía qué hacer. Sólo podían contar con la casualidad, y

como esta Providencia de los holgazanes no se apresuraba a venir a su encuentro a lo largo del muelle de San Carlo, resolvieron ir en su busca a través de las calles de la ciudad nueva.

Allí, sobre las plazas, sobre los malecones, sobre los paseos, de una y otra parte del puerto, en las cercanías del gran canal abierto a través de Trieste, va, viene, se aprieta, se apresura, se mueve en el furor de los negocios una población de sesenta mil habitantes de origen italiano, cuyo idioma, que es el de Venecia, se pierde en medio del concierto cosmopolita de todos aquellos marinos, comerciantes, empleados y funcionarios, de lenguaje compuesto de alemán, francés, inglés y slavo.

Sin embargo, si esta ciudad nueva es rica, no hay que deducir por ello que los que frecuenten sus calles sean afortunados mortales. No; los más acomodados no podrían rivalizar con los negociantes ingleses, armenios, griegos y judíos que levantan el gallo en Trieste, y cuyos suntuosos trenes serían dignos de la capital del reino austrohúngaro. Pero, sin contarlos, ¡cuántos pobres diablos, errando día y noche a través de las avenidas comerciales, rodeadas de altas construcciones, cerradas como arcas de hierro en que se interponen las mercancías de todas clases que atrae este puerto franco, tan ventajosamente situado en el fondo del Adriático!

¡Qué de gentes que no se han desayunado, y que tal vez no comerán, paradas en los muelles, en que los navíos de la más poderosa Sociedad marítima de Europa, el Lloyd austríaco, desembarcan tantas riquezas venidas de todos los rincones del mundo!

¡Qué de miserables, en fin, como a centenares se encuentran en Londres, Liverpool, Marsella, el Havre, Amberes, mezclados a los opulentos armadores en las cercanías de estos arsenales, cuya entrada les está prohibida, en la plaza de la Bolsa, que jamás les abrirá sus puertas, en los primeros escalones de aquel Tergesteum, donde el Lloyd